

EL FUNDAMENTO TRINITARIO DE LA MISERICORDIA

1. La misericordia como principal atributo de Dios¹: Por obra de la traducción del AT del hebreo al griego que hicieron los judíos de Alejandría (Biblia de los LXX), la importante definición que Dios da de sí en su diálogo con Moisés, y que normalmente traducimos: “Yo soy el que soy”, la teología cristiana pasó del concepto histórico-salvífico de Dios, que está en la Biblia hebrea al concepto metafísico de Dios como “el ser mismo” (*ipsum esse subsistens*). Esto tuvo la ventaja de ver en concordancia a Dios como lo supremo y último a lo que puede llegar el pensamiento humano, junto al concepto de Dios que parte de la fe cristiana. Pero esta identificación tuvo también la tentación de confundir en teología al Dios de los filósofos con el Dios de la fe bíblica. Ya S. Agustín se preocupó de aclarar que su concepto de Dios parte de que el amor es la esencia de Dios Padre, y por eso Jesús nos lo reveló como tal, y así lo ha transmitido el NT en el texto de 1 Jn 4, 8.16. De igual modo S. Buenaventura afirmó que a Dios sólo es posible conocerle de forma adecuada a la luz del Crucificado. Tanto en estos dos autores como en santo Tomás de Aquino esto comporta concebir la esencia divina como amor y entonces pensar el concepto cristiano de Dios como doctrina sobre la Trinidad.

Cuando la teología cristiana articuló en los manuales de dogmática las determinaciones metafísicas o atributos de Dios, *la misericordia no encontró el lugar que le correspondía*. Se mencionaba sólo de pasada. Sin embargo, en los textos bíblicos de ambos Testamentos “la misericordia es el atributo de Dios que ocupa el primer lugar en la autorrevelación de Dios en la historia de la salvación” (W. Kasper, 92). En la revelación bíblica la esencia divina se halla volcada hacia el mundo y los seres humanos como bondad y amor inherentes a Dios: es la misericordia como *caritas operativa y efectiva*; y por ende el principal atributo divino. Es más, en vez de ser mencionada como un apéndice junto a otros atributos de Dios: la benevolencia, la bondad, la clemencia, la filantropía, la paciencia, la afabilidad o la indulgencia, se ha de considerar como el centro organizador de estos atributos, que se agrupan a su alrededor.

Si la misericordia es el principal atributo de Dios, es a su luz como deben entenderse la justicia y la omnipotencia divinas, es decir, la misericordia no es un caso de la justicia de Dios sino al revés: entonces la misericordia aparece como la justicia característica de Dios. Esta es la idea básica que subyace al acuerdo entre luteranos y católicos sobre la doctrina de la justificación. Respecto a la omnipotencia de Dios, todo creyente se pregunta dónde está el poder de Dios en el momento del sufrimiento del inocente. ¿Por qué no actúa en su favor? No vale decir que Dios se ha vaciado de su poder para estar al lado del oprimido y carente de esperanza. De acuerdo con la Biblia más bien hay que pensar que Dios es soberano y omnipotente en la medida en que puede replegarse para estar con el pobre y oprimido y, en su misericordia, manifestar su omnipotencia. Como dice la liturgia: “manifiestas tu poder sobre todo en la indulgencia y el perdón”. Afirma santa Teresa de Lisieux: “A través de la infinita misericordia de Dios completo las restantes perfecciones divinas y les rezo... Y luego, todas ellas se me aparecen resplandecientes de amor” (Historia de un alma).

El concepto del Dios misericordioso de la fe cristiana tiene repercusiones prácticas desde el comienzo. Una de las pruebas más claras de la conciencia de la Iglesia primitiva respecto al concepto

¹ La mayor parte de estas reflexiones proceden del libro de W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2014.

del Dios misericordioso se presenta en la praxis penitencial, después del bautismo. Cuando los primeros cristianos se preguntaron qué pasa cuando un bautizado comete una falta grave, rompiendo sus promesas bautismales, la respuesta es que hay un remedio para él, tiene una nueva oportunidad *en virtud de la infinita misericordia divina*; de ahí la práctica del proceso penitencial como camino de vuelta al esplendor bautismal.

2. La misericordia como espejo de la Trinidad: La doctrina de la Trinidad es una cauta interpretación de la afirmación de la primera carta de Juan en la que el NT resume todo su mensaje: *Dios es amor* (1 Jn 4, 8.16). La fe, que busca comprender (teología), llena de sentido esta frase a través del examen de todo lo acontecido en torno a Jesús de Nazaret.

Si Dios es amor, su esencia más íntima ha de resultar comprensible en analogía con el amor humano, aunque la semejanza en la comparación sea siempre mayor que los términos de semejanza con la forma de amar de los hombres. De la esencia del amor humano es propio no sólo dar algo, sino darse a sí mismo en el don. Esto supone vaciarse de sí, pero esto no supone perderse a sí mismo, sino justamente encontrar en el amor y el don la propia realización. El amante se une a la persona amada sin ser absorbido por ella; el verdadero amor no suprime las distancias, sino que respeta la alteridad y preserva la dignidad. La paradoja del verdadero amor es una unidad que incluye la alteridad y la diferencia. Esta experiencia del amor humano nos dice que la profesión de fe en la Trinidad no es un sinsentido ni una fe contradictoria. Sino que la doctrina de la Trinidad hace posible la fe en un Dios único, pero no como alguien solitario y ocioso, sino el Dios que es, en sí mismo, comunicación, vida y amor.

Y es que “únicamente si es en sí amor que se autocomunica, puede Dios también comunicarse hacia fuera como aquel que desde siempre es ... Si no fuera así, la revelación de la misericordia divina no sería un acontecimiento libre y gratuito, sino el necesario proceso del devenir sí mismo de Dios” (W. Kasper, 96). Así, en la misericordia de Dios se refleja el amor eterno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un amor que se comunica a sí mismo (Trinidad inmanente) y por eso precisamente se puede comunicar al mundo (Trinidad económica). Puesto que todo en Dios es infinito, el Padre sólo puede comunicar su divinidad al Hijo (y a través de él al Espíritu) en cuanto él se repliega, se retira para dejar espacio al otro. Este autovaciamiento de Dios es la condición de que Dios, ser infinito, pueda hacer sitio a la creación. La encarnación de Dios en Jesús y la cruz del Hijo de Dios (mediante la cual Dios baja a lo contrario de sí mismo, la muerte) son entonces el punto culminante de la revelación de Dios en su autorepliegue trinitario. Y aquí aparece el anonadamiento de Dios en su impotencia como la omnipotencia en el amor. Movido por su misericordia llega hasta la cruz para mostrar que él es el amor, que no se impone sino que se ofrece. Así la cruz, y el Corazón de Jesús abierto por la lanza del soldado, son la máxima huella de la Trinidad, pues si Dios sólo fuese el hombre Jesús habría sucumbido a la muerte. Pero la resurrección, en la fuerza unitiva del Espíritu, muestra que la esencia íntima de Dios es “unión de muerte y vida en favor de la vida” (E. Jünger). En la cruz Dios no sólo nos permite asomarnos a su Corazón “sino que en el Espíritu Santo nos hace sitio junto a -y en - su Corazón” (W. Kasper, 96).

Esta teología de la esencia del Dios trinitario como misericordia no ha brotado de una fría especulación teológica, sino sobre todo de las experiencias místicas de cristianos que han sentido como pueden “habitar” en la Trinidad, y que el Dios misericordioso habita en su interior. Tenemos

bellos ejemplos en santos teólogos medievales como Tomás de Aquino y Buenaventura, o en espirituales como los hombres y mujeres de la llamada “mística del Rhin”. O ejemplos más cercanos como es la Carmelita Descalza Isabel de la Trinidad. En todos ellos se percibe un “entrar” en la intimidad del Dios Padre, Hijo y Espíritu, pero no como fusión con lo divino, sino una experiencia de “noche” y oscuridad que les lleva sentir la trascendencia de Dios. La experiencia de la misericordia no es un consuelo barato. No obstante: “la mística se percató de que la misericordia es el origen y la meta de los caminos de Dios” (W. Kasper, 100).

3. En el origen y la meta de los caminos de Dios la misericordia: Debemos contemplar también del origen del “todo” en el designio de Dios. Según el NT la creación ha sido hecha por medio del Hijo y tiene a este Hijo como su meta: todo fue creado por él y para él (Col 1, 16ss.). En Cristo hemos sido elegidos por Dios Padre para ser santos mediante el amor. Así “la misericordia divina, revelada definitivamente en Jesucristo, es el signo que antecede a toda la realidad y la preside” (W. Kasper, 100). Esto no es una cuestión abstracta sino que tiene consecuencias para la posibilidad de salvación del hombre. Lo que Dios ha revelado de su salvación gratuita a cada persona humana en Jesucristo es eficaz desde la aurora de los tiempos, abarca a toda la humanidad, pues la misericordia divina es el origen eterno tanto del mundo como de la historia de salvación. Y por eso podemos afirmar que la misericordia es el signo que preside el mundo y la historia, así como cada vida humana. Sin olvidar que esto comporta una respuesta por parte de la libertad del hombre. En el discurso sobre el juicio final que Jesús pronuncia en el Evangelio de Mateo, se afirma con claridad que quienes hayan mostrado misericordia con los pobres y afligidos serán recibidos en el Reino de Dios, mientras que los que hayan sido despiadados con ellos se les entregará al castigo eterno (Mt 25, 31-46).

Pero ante el peligro de la condenación, hay algo que tiene que ver con lo que podemos hacer solidariamente unos por otros, y es *la intercesión y comunión de los santos*. En la realidad del purgatorio como fuego purificador, pura obra de la misericordia como última oportunidad que se nos concede y prepara a la visión de Dios, hay santos que han experimentado hasta donde llega el amor cristiano que ayuda a los otros a abrirse al Dios misericordioso. En palabras de santa Catalina de Siena a su confesor: “Si estuviera por completo inflamada por el fuego del amor divino, ¿no pediría entonces con ardiente corazón a mi Creador, al verdaderamente misericordioso, que mostrara misericordia con todos mis hermanos?”. Teresa de Lisieux ofreció vicariamente su vida, y M. Kolbe lo hizo por un padre de familia en Auschwitz.

4. El Corazón de Jesús, revelación de la misericordia divina: Como Hijo de Dios encarnado Jesucristo es *el trono de la misericordia*, y su Corazón abierto en la cruz es el símbolo más expresivo de su persona humana, del amor de Dios Padre y de la efusión del Espíritu que se derrama en forma de la sangre y el agua que brotan del costado, de donde nace la Iglesia y los sacramentos. “Tras la resurrección, Jesús solo permite que se toquen sus heridas” (Pascal). Son el lugar donde comprobamos hasta qué punto es real la misericordia de Dios por el hombre.

Fernando Rodríguez Garrapucho scj
Enero 2015